



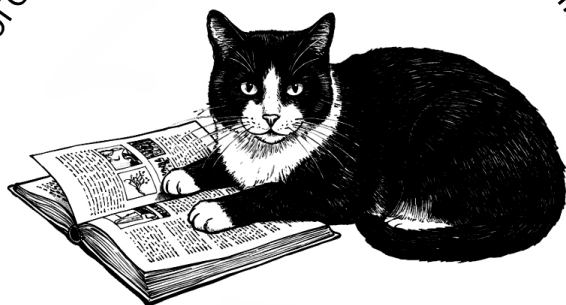
**Dibujando  
Finanzas**

# LA MEDICINA DE BRUNO



Cuento de  
Karla A. Piña

Libros de Educación Financiera para niños



De la librería de



[WWW.DIBUJANDOFINANZAS.COM](http://WWW.DIBUJANDOFINANZAS.COM)



[DIBUJANDOFINANZAS](https://www.instagram.com/DIBUJANDOFINANZAS)

Huellita de garantía: aprobado por el editor más exigente



# LA MEDICINA DE BRUNO



Cuento de  
Karla A. Piña



Copyright © 2025 Karla A. Piña  
Reservados todos los derechos

Los personajes y eventos descritos en este libro son ficticios. Cualquier similitud con personas reales, vivas o muertas, es una coincidencia y no es la intención del autor.

Todo el contenido de nuestros libros y cuadernos de ejercicios del taller de educación financiera es original y ha sido creado exclusivamente para Dibujando Finanzas. Esto incluye, pero no se limita a, textos, gráficos, ilustraciones, y cualquier otro material educativo.

### Uso Personal y Educativo

El contenido está destinado únicamente para uso personal y educativo dentro del contexto de nuestros talleres y programas. Cualquier otro uso, incluyendo la reproducción con fines comerciales, está prohibido sin autorización previa.

Queda prohibida su reproducción o copia sin autorización.

Para permisos, contacta a través de nuestro formulario de contacto.

Sello: Independently published

Diseño de portada: Karla A. Piña

Ilustraciones: Karla A. Piña

Para mis alumnos y para mis pequeñas hijas que son quien mas me  
enseñan



El viento invernal silbaba entre los árboles del patio mientras Bruno y Mila corrían persiguiéndose entre risas cristalinas. Sus mejillas rosadas brillaban bajo el sol de la tarde.

—¡Abríguense bien, mis amores! —llamó mamá desde la ventana de la cocina, sosteniendo dos suéteres de lana.



—Sí, mamá —respondió Mila obedientemente, extendiendo sus bracitos para que la ayudaran a ponerse el suéter color lavanda. Bruno, en cambio, cruzó los brazos con determinación. —No quiero, mamá. Tengo calor de tanto correr.

—Ay, brunito —suspiró abuelita, acercándose con su chal de siempre,— el frío es traicionero. No se siente hasta que ya te enfermó.

Pero Bruno ya había salido disparado nuevamente hacia el columpio, su camisa ondeando con el viento helado.

Esa noche, cuando mamá los arropó para contarles su cuento de siempre, abuelita entró a darles su bendición y el beso de buenas noches. Pero apenas sus labios rozaron la frente de Bruno, se detuvo.

—Este niño está ardiendo —murmuró, posando su mano experimentada sobre la cabecita del pequeño.



—Mi nariz está tapada —gimió Bruno con voz nasal—. Y me duele la cabeza.

Achís. Mila estornudó justo en ese momento, y un hilillo transparente comenzó a correrle por la nariz como un pequeño arroyo travieso. —Ay, mis tesoros —suspiró mamá, mientras abuelita ya se dirigía a la cocina con paso decidido.

Minutos después, el aroma cálido y reconfortante del té de limón con miel inundó la habitación. Abuelita regresó con dos tazas humeantes, el vapor dibujando espirales en el aire frío.

—Tómenlo despacito, que está calentito —dijo con ternura, acomodándoles las almohadas.

Mamá llamó de inmediato a la doctora Mariajo, quien les atendía desde que eran bebés. Su voz tranquila sonó por el teléfono:

—Podría ser solo una rinitis por el cambio de temperatura, pero tráiganlos mañana al consultorio. Los reviso y les doy algo para que mejoren pronto.



A la mañana siguiente, el consultorio de la doctora Mariajo los recibió con su característico olor a limpio y a manzanilla. Las paredes color crema estaban decoradas con dibujos de niños sonrientes.

—¡Mis pacientes favoritos! —exclamó la doctora, su rostro amable iluminándose al verlos— Vengan, cuéntenme qué pasó.

Mientras los revisaba con su estetoscopio frío sobre sus pechos, les hacía cosquillas que provocaban risitas nerviosas.

—Respiren profundo... otra vez... perfecto. —Escuchó atentamente— No hay silbidos, los pulmones suenan bien. Solo fue una reacción al frío y al viento. Les daré un jarabe y unas tabletas para que se sientan mejor.

Les extendió una paleta de colores mientras escribía la receta. Cuando mamá abrió el frasco del jarabe en casa, Bruno arrugó la nariz inmediatamente. Ese olor dulzón pero medicinal le revolvió el estómago.

—No, no, no —protestó, tapándose la boca con ambas manos.



Mila, en cambio, abrió grande la boca y tragó sin chistar, aunque su carita se torció un poquito por el sabor amargo que le quedó en la lengua.

—Es por tu bien, mi cielo —le dijo abuelita, acariciándole el cabello—. Para que ese moquito se vaya y puedas respirar tranquila.

—Lo entiendo, abue —respondió Mila con voz nasal, antes de estornudar otra vez.

Pero con Bruno fue otra historia. El jarabe logró tomarlo a regañadientes, pero la pastilla... ay, la pastilla era su némesis. —Ábrete, brunito, es solo un segundito —suplicó mamá. —¡Huele feo! ¡No quiero! Mamá intentó molerla y esconderla en su leche con chocolate. Bruno tomó un sorbito y de inmediato escupió: —¡Sabe raro! ¡Le pusiste medicina!



—Mira, la diluimos en agua, como dijo la doctora —intentó mamá esa noche, acercándole una cucharita— Es solo una gotita. Abre grande que viene el avioncito... niuuuuuum.

Pero en cuanto el aroma llegó a la nariz de Bruno, cerró la boca con fuerza, se cubrió con la manta hasta la nariz y sacudió la cabeza.

Abuelita tuvo más éxito. Escondió el líquido en un batido de plátano con miel, y Bruno bebió... casi la mitad. Algo era algo.

Esa noche, Bruno se despertó con la nariz completamente tapada. Los estornudos lo sacudían cada pocos minutos, y los moquitos corrían sin parar por su carita, obligándolo a respirar por la boca. Se sentía miserable.

Mamá se sentó en el borde de su cama, la luz de la lamparita creando sombras suaves en la habitación.

—¿Ves, mi amor? Para eso es tu medicina. Para que ya no tengas estos síntomas y puedas dormir tranquilo, jugar sin tener que sonarte la nariz cada ratito.

—Pero sabe horrible —gimió Bruno, frotándose los ojos llorosos.

—Lo sé, cariño. Pero piensa: lo tuyo es leve. Muchos niños que juegan como tú y se quitan el suéter terminan en cama por días, con medicinas más fuertes, hasta inyecciones. Y eso pasa porque algunos no se cuidan bien: no comen sus verduras, no toman sus vitaminas...

—¿Como mis ositos de gomita? —preguntó Bruno, un poco más interesado. Abuelita, que había entrado silenciosamente, sonrió:

—Exactamente. Esos ositos que tanto te gustan son vitaminas que te hacen fuerte y sano. Mira a Mila, cómo ha crecido por

comerse todo sin protestar y tomar sus vitaminas. Ya casi te alcanza.

—Es verdad... —admitió Bruno, mirando hacia la cama de su hermana, quien dormía profundamente después de tomarse toda su medicina.

—¿Sabes por qué abuelita nunca falta al trabajo? —continuó mamá, acariciándole el cabello húmedo por la fiebre—. Porque se cuida mucho. Come muy bien, nos prepara comida saludable para que no nos enfermemos. Porque nuestra salud, brunito, es nuestro bien máspreciado.

—¿Más que mis carritos?

—Más que todos los carritos del mundo, —respondió abuelita con ternura— Porque la salud no se puede comprar con dinero. Una persona que siempre está enferma no puede jugar, ni ir al parque, ni hacer las cosas que le gustan. Se la pasa en cama, tomando medicinas. Y aunque tenga todo el dinero del mundo, no puede comprar salud. Por eso debemos cuidarnos.

—Y parte de cuidarte —añadió mamá— es tomar tus medicinas cuando las necesitas. Gracias a que abuelita y yo tenemos salud, podemos trabajar y ganar dinero para comprarte las medicinas que te ayudan a sanar.

Bruno se quedó pensativo, escuchando cómo su nariz silbaba al intentar respirar.



—¿Me das la medicina, mamá? —dijo finalmente, con un suspiro dramático.

Mamá sonrió y le acercó la cucharita. Bruno cerró los ojos con fuerza, arrugó toda la cara y...

—¡Puaj! —protestó después de tragarla— ¡Sigue sabiendo horrible!

Pero la tomó. Y esa fue la victoria más dulce.

Una semana después, cuando volvieron al consultorio de la doctora Mariajo para su revisión, los niños entraron saltando, completamente recuperados.

—¡Excelente! —exclamó la doctora después de revisarlos—. Son unos pacientes ejemplares.

Les dio a cada uno un dulce en forma de estrella. Bruno, sin que nadie se lo pidiera, sacó su alcancía de cerdito de su mochila. Había estado ahorrando sus monedas durante meses.



—Doctora —dijo con seriedad, extendiendo la alcancía—, si otro niño se enferma y sus papás no pueden comprarle su medicina, use mis ahorros. Todos deben poder tener su medicamento para estar sanos, jugar y divertirse.

La doctora Mariajo parpadeó sorprendida, sus ojos brillando con emoción.

—Eres un niño muy generoso, Bruno. Gracias. Esto ayudará a otros niños que lo necesiten. De regreso a casa, Bruno iba en el asiento trasero del auto, contemplando las nubes por la ventana.

—Mamá, ¿qué vamos a comer hoy?

—Tu sopa favorita de pollo con verduras. Abuelita la está preparando en este momento.

—¡Sííí! —celebró Bruno— Y mamá... ¿me puedo poner mi suéter cuando juguemos en el patio?

Mamá miró por el espejo retrovisor y le guiñó un ojo.

—Me parece perfecto, mi amor.

Y así, entre el aroma de la sopa hirviendo y las risas que llenaban la casa, Bruno aprendió que a veces las cosas que no nos gustan ;como las medicinas amargas o los suéteres que dan calor, son exactamente las que más nos cuidan.





**Dibujando  
Finanzas**

**Tu salud es tu tesoro más valioso.  
Las cosas que no nos gustan a  
veces son las que más nos cuidan.**



Todas las Hojas didácticas que aparecen en este libro pueden ser descargadas para imprimir y colorear en la página web:

<https://dibujandofinanzas.com/hojas-didacticas-libros/>

Copyright © 2024 Karla A. Piña

Todos los derechos reservados.

Sigue aprendiendo de como usar el dinero, sobre el credito, inversion y ahorro con un cuento ilustrado que tambien te enseñara sobre el valor de la amistad.

**SIGUE APRENDIENDO MIENTRAS  
COLOREAS Y COMPLETA TU  
COLECCIÓN DE LIBROS. DIVIÉRTETE  
CON LA HISTORIA DE LOS PERSONAJES  
Y RESUELVE ACTIVIDADES.**

